

TENSIONES INTERNAS EN ESTADOS UNIDOS Y RESULTADOS ELECTORALES: REFLEXIONES SOBRE SU IMPACTO EN LOS VÍNCULOS CON ARGENTINA

Por LA DRA. ANABELLA BUSO

Es un hecho conocido que América Latina estuvo prácticamente ausente en los debates y discursos de los candidatos a la presidencia de los Estados Unidos. A pesar de ello, algunos aspectos de carácter más estructural presentes en los contenidos de la campaña electoral y en el resultado de las elecciones tendrán impacto sobre la región en general y, por lo tanto, también sobre la Argentina. En ese marco se destacan la permanencia de la “guerra cultural” que Estados Unidos vive desde los ‘80 y los inconvenientes de la clase política y buena parte de la sociedad civil para aceptar los cambios producidos a nivel internacional que afectan, consecuentemente, las condiciones de liderazgo de Washington.

Por tal motivo en estas notas realizaremos una caracterización de cada una de estas situaciones para, posteriormente, analizar brevemente su impacto sobre los vínculos con Argentina. Desde una perspectiva empírica el trabajo apunta a subrayar grandes tendencias, sin pretender una descripción detallada de los hechos.

La guerra cultural en Estados Unidos y las propuestas para dos modelos de país diferentes

Desde una perspectiva general podemos afirmar que las tradiciones de pensamiento liberal y conservador han influenciado la política exterior estadounidense a partir de la conformación del Estado nacional. Sin embargo, gran parte de las fuentes académicas y políticas afirman que el pensamiento liberal ha marcado en forma más contundente la vida social y política de los Estados Unidos y, obviamente, su política exterior. En este sentido un porcentaje importante de la literatura especializada señala al liberalismo como el único movimiento ideológico fundacional con impacto político y sociológico en la historia de los Estados Unidos. De acuerdo a Lionel Trilling (1950: ix) “el liberalismo no es sólo la tradición dominante, sino la única tradición intelectual en los Estados Unidos”. Asimismo, se ha argumentado que las posiciones conservadoras son sostenidas por personas en forma aislada y que, por lo tanto, no alcanzan a constituir un cuerpo de pensamiento sistematizado ni una tradición conservadora. Pero esta postura ha sido desafiada por dos debates que se reactivaron en Estados Unidos a lo largo de la década de los noventa. Uno de ellos está ligado a la reacción de los sectores conservadores quienes a partir de los '80 tratan de enfatizar su condición de tradición intelectual y, además, han manifestado que sus versiones más actuales (el movimiento conservador moderno, las posturas neoconservadoras y movimientos sociales como el Tea Party) han llegado al poder con el apoyo de la sociedad americana, la cual percibe a esta tradición como una parte importante de su identidad, impactando fuertemente en la política exterior. El otro debate –que no abordaremos en estas notas– tiene un perfil netamente académico y se vincula con la discusión en torno a la idea del liberalismo como única tradición identitaria en Estados Unidos y la incongruencia de esta postura con la persistencia de actitudes sociales y políticas de exclusión por motivos raciales, de género así como las ligadas a las minorías migratorias (Stears, 2007).

Si bien existe acuerdo en torno a la idea de que los conservadores decidieron respetar parte de los componentes liberales de la etapa fundacional de Estados Unidos y que esta característica histórica de una tradición que intenta conservar principios liberales dificulta identificar un movimiento conservador puro, esto no significa que no exista. De hecho la “revolución neoconservadora” de Reagan o la política exterior de George W. Bush son una muestra de la vigencia de la relación entre conservadurismo –con sus derivaciones neoconservadoras– y la propuestas para diseñar la acción externa.

En términos de partidos políticos a partir de la crisis del '30 los demócratas representan a quienes defienden el liberalismo político, la perspectiva keynesiana en referencia al rol de Estado en la economía nacional y una política exterior internacionalista. Por su parte los republicanos que inicialmente personificaban a quienes defendían el conservadurismo político, la primacía del mercado y una política exterior realista, terminaron cobijando a las diversas corrientes conservadoras. En ese marco incorporaron a los neoconservadores¹, la derecha cristiana², y el *Tea Party*³ e

¹ Desde una óptica muy general podemos afirmar que los neoconservadores se caracterizan por ser conservadores en sus posturas políticas; aceptan los principios de la economía de mercado y en términos de política exterior son internacionalistas y propugnan las políticas destinadas a modificar el tipo de régimen políticos –difusión de la democracia liberal– en terceros estados partiendo del supuesto de que el tipo de régimen impacta sobre la política exterior. A pesar de la similitud temática con los idealistas/ internacionalistas demócratas se diferencian de estos porque no reconocen la labor de los organismos internacionales y el rol del Derecho Internacional Público, motivo por el cual hacen del uso de la fuerza el instrumento más utilizado para difundir el modelo democrático.

² La derecha cristiana es una expresión que se utilizó con frecuencia para señalar a los grupos religiosos que acompañaban la gestión de George W. Bush. Entre esos grupos se destacaban los evangelistas, los católicos y ciertos sectores religiosos de origen judío. Si bien estos grupos fueron muy activos en esta etapa debemos destacar que tuvieron expresiones anteriores como el caso de la Nueva Derecha y la Mayoría Moral que interactúan con los neoconservadores desde los '70 y tuvieron fuerte representación política en la administración Reagan. En la actualidad, conforman parte de la base electoral del Partido Republicano, pero su posturas en ocasiones chocan con la de otros miembros del partido que tiene una agenda social más liberal, situación que ha obligado a los candidatos republicanos en la dos últimas elecciones a elegir compañeros de fórmula identificados con dichos sectores religiosos.

³ Desde una perspectiva histórica el nombre *Tea Party* hace referencia al movimiento anti-

iniciaron un proceso político de corrimiento hacia la extrema derecha que terminó opacando a aquellos sectores más tradicionales y moderados que caracterizaban al GOP⁴.

Consecuentemente, las divergencias entre las corrientes de pensamiento liberal y conservador mostraron nuevamente su vigencia durante la campaña electoral de 2012 y el resultado más claro es la propuesta de dos modelos de país diferentes. El historiador británico Garton Ash (2008) destacaba esta cuestión en sus análisis sobre las elecciones de 2008 cuando afirmaba que Estados Unidos llevaba varios años envuelto en una guerra civil de características culturales que enfrenta a liberales y conservadores. Para este autor el triunfo del enfoque liberal –tal como se lo entiende en Estados Unidos– canalizado en la victoria de Obama en 2008 no significaría la desaparición de la guerra cultural, pero sí el principio del fin. Sin embargo, marcaba que la pacificación de ese conflicto se alcanzaría cuando puedan coexistir en una misma sociedad en forma consensuada y pacífica sistemas de valores y

colonialista de finales del siglo XVII llamado “*Boston Tea Party*” que, liderado por colonos, produjo el “Motín del Té” en protesta contra Gran Bretaña por el “*Tea Act*”, una legislación británica que aplicaba impuestos sobre la importación de distintos productos, incluyendo el té, destinados a beneficiar a la Compañía Británica de las Indias Orientales. Este acto es considerado como uno de los primeros movimientos que luego dieron paso a la guerra por la Independencia de Estados Unidos. En 2009 se creó el denominado “*Tea Party Movement*” como respuesta al paquete de estímulo fiscal, oficialmente conocido como “*American Recovery And Reinvestment Act of 2009*” conocida en español como la “Ley de Reversión y Recuperación de Estados Unidos, impulsada por el gobierno del presidente Barack Obama. De acuerdo a Michael Flamm, (2010), el perfil sociológico-político de los integrantes del *Tea Party*, en términos comparativos con otros grupos conservadores, se destaca por incluir a miembros con una edad promedio de 45 años pertenecientes a la clase media que son más educados, más blancos, más conservadores, más pesimistas y están más enojados con el gobierno y con los cambios socio-culturales que se están registrando en Estados Unidos. Su deseo es hacer retroceder ese proceso de cambio para recuperar una situación similar a la existente antes de los años sesenta. Según Ness (2010-2011) el leitmotiv de este grupo es el regreso al individualismo que dominó a los Estados Unidos en el siglo XIX y su rechazo a cualquier acción del Estado que beneficie la generación de empleo. Desde el punto de vista de este autor lo más perturbador del *Tea Party* es que se ha convertido en un imán para los grupos de extrema derecha más tradicional, incluyendo las milicias, los activistas pro-armamentismo, los cruzados anti-impuestos, los libertarios racistas y los nativistas que buscan reinterpretar el significado de la ciudadanía.

⁴ El Partido Republicano fue fundado por activistas contrarios a la expansión de la esclavitud en 1854 y es a menudo denominado GOP (Grand Old Party).

estilos de vida diferentes, con arreglo a las directrices que ejerció el liberalismo clásico de Locke y otros y que tanta influencia ejercieron sobre los Padres Fundadores de ese país. Sin embargo esta convivencia no se logró durante la primera administración de Obama, sino que por el contrario surgieron rivalidades políticas que agudizaron el conflicto entre republicanos y demócratas a niveles casi sin precedentes en la historia política contemporánea de Estados Unidos.

Al describir esta situación, Shifter (2011) sostiene que Estados Unidos está pasando por un período complejo, incierto, cuyas manifestaciones materiales son una deuda y un déficit insostenibles, una tasa de crecimiento económico muy baja, un nivel de desempleo persistentemente alto y una brecha creciente entre ricos y pobres. En este marco la sociedad percibe la recuperación económica como muy lejana y más de dos tercios creen que el país va en la dirección equivocada. Sin embargo, el problema no es sólo económico, sino también político. Estados Unidos ha enfrentado situaciones críticas antes que involucraron tanto temas domésticos como internacionales, pero el sistema político fue capaz de lidiar con ellas y llegar a soluciones. La polarización política era menor a la que existe hoy en día, se lograban acuerdos bipartidistas sobre temas centrales para el destino de la nación (Shifer, 2011) y se argumentaba que los mecanismos políticos-institucionales eran una parte fundamental del “haber” estadounidense que no sólo les permitía saldar diferencias democráticamente, sino que constituían un símbolo de la excepcionalidad americana.

Durante 2012 las tensiones entre estas dos visiones volvieron a ocupar el centro de la escena por varios motivos. El primero de ellos se vincula con la decisión del candidato demócrata de defender las políticas propias de los *liberals*⁵. Obama había trata-

⁵ Esta expresión es utilizada para subrayar una posición de centro-izquierda en el espectro político de Estados Unidos y diferenciarla de lo que habitualmente se denomina liberal.

do de negociar y buscar consensos con los republicanos durante cuatro años, pero fracasó. Esto le generó serias críticas de sus seguidores, quienes argumentaban que los sectores más derechistas no querían ninguna negociación ni estaban dispuestos a conceder nada mientras tuvieran mayoría en el Congreso. Por ello decidió cambiar de posición resaltando sus desacuerdos con el candidato republicano y subrayando sus posiciones nekeynesianas en referencia a la necesidad de la participación del Estado en la economía nacional para enfrentar la crisis, la pertinencia de regular el sistema financiero, la importancia de las políticas sociales –incluida la nueva ley de salud–, la relevancia de disminuir los escenarios de guerra, etc. Por otro lado, los argumentos de Romney, tanto en lo económico como en lo político, giraron abruptamente hacia la derecha defendiendo la primacía del mercado, criticando la acción social del Estado e incluyendo, con mayor o menor intensidad de acuerdo al auditorio, las exigencias de la derecha social ligada a grupos religiosos. Consecuentemente en términos de propuestas para la política exterior recurrió a una lógica de guerra fría donde se repitieron contenidos históricos de la política exterior americana y, además, se señalaron como adecuados los mismos instrumentos utilizados a lo largo del complejo devenir de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, sin intentar comprender qué acontece en la región ni preguntarse por qué el vínculo de hoy no es idéntico al de la Guerra Fría ni tampoco al de la década de los ‘90, cuando el nacimiento de la Posguerra Fría con su fuerte impronta neoliberal enmarcó un ciclo de alineamiento de las políticas exteriores latinoamericanas con Washington.

Los límites del excepcionalismo ante un panorama de crisis relativa de hegemonía

A lo largo de la historia política de Estados Unidos se destaca la adhesión mayoritaria de las sociedades política y civil a la idea del “excepcionalismo” americano. Este supuesto no sólo se ha convertido en un componente de la identidad nacional estadounidense, sino que también ha contribuido a generar un grado de homogeneidad significativo en términos de política exterior. La idea de la superioridad de los valores y las instituciones estadounidenses y la necesidad de que el mundo los emule ha tenido cabida tanto en las lecturas políticas conservadoras y providenciales como en las liberales y laicas (Busso, 2008). Por otra parte, la condición hegemónica de Washington a lo largo de tantas décadas también consolidó el supuesto de que las diferencias entre una administración y otra no alcanzaban a modificar la línea rectora de la acción externa del país, caracterizadas por componentes que transitaban entre la dominación y la hegemonía.

Pero esta característica identitaria que actuó como un elemento aglutinador a nivel social y político a lo largo de la trayectoria ascendente del poder estadounidense, hoy puede convertirse en un límite político interno e internacional. Como señala Scott Shane, desde la perspectiva doméstica los candidatos a la presidencia no podían hablar con claridad sobre los problemas estadounidenses porque la sociedad exige que le den la tranquilidad de que su país, sus valores y sus logros son extraordinarios. Ambos aspirantes a la presidencia los complacieron ya que aceptaron hablar de los problemas, pero siempre aclarando que tienen los instrumentos para solucionarlos, mientras que estaba vedado hacer referencia a las estadísticas que ponen en tela de juicio que Estados Unidos lidera el mundo⁶. “La gente quiere que el presidente

⁶ Estas estadísticas indican por ejemplo que la movilidad social es mayor en Canadá y Europa que en EEUU que la brecha entre ricos y pobres se ha incrementado notoriamente en las últimas

sea un optimista, que sea heraldo de mejores tiempos futuros"... esta demanda... "Está prácticamente en nuestro ADN", dice Robert Dallek. Sin embargo, resulta difícil pensar que se van a resolver problemas que no se pueden describir con franqueza y debatir vigorosamente. Durante la campaña electoral el excepcionalismo estadounidense fue defendido por los republicanos, que acusaron al presidente Obama de no mostrar interés suficiente por esta idea. Sin embargo, la censura fue bipartidista. Los dos partidos prefirieron apartar su mirada de retos tan difíciles porque el pueblo también prefería apartarla (Scott Shane: 2012).

Esta limitación para describir y reconocer los problemas internos se traslada con mayor intensidad a los análisis sobre lo que acontece en otros países, especialmente si se alejan de los patrones políticos y económicos que Washington aspira difundir. En esos casos no sólo no se intenta comprender lo que le pasa al otro, sino que las alternativas políticas, económicas, estratégico-militares y sociales distintas a las adoptadas por Estados Unidos no son aceptadas y son consideradas erróneas e, incluso, amenazantes. Aquí el ejemplo de Carter es significativo: cuando a finales de los '70 propuso entender los procesos de revolución nacional en los países en desarrollo y reconoció que Estados Unidos debía acordar con Europa y Japón la coordinación de la economía internacional porque ya no podía hacerlo de manera unilateral, no sólo chocó con una fuerte oposición de sectores de conservadores, sino que también fue considerado un presidente débil por otros sectores de la sociedad civil, por lo que perdió la posibilidad de un segundo mandato. Sin embargo, lo que más llama la atención es que aún hoy estas valoraciones están vigentes en buena parte de la clase política y la sociedad civil estadounidense, las cuales no muestran signos de haber meditado sobre el hecho de que quizá Carter haya

décadas y hoy el 1% de la población que se encuentra en el tope de la pirámide posee más riqueza colectiva que el 99% restante; que en tasa de mortalidad infantil EEUU está peor que otros 48 estados y territorios, y que en términos de pobreza infantil ocupa el lugar 34 entre los 35 países económicamente más avanzados.

sido uno de los presidentes que explicitó claramente los cambios internacionales que se avecinaban.

Consecuentemente, esta situación no les permitió a los candidatos presidenciales de 2012 reconocer los cambios en la distribución de poder mundial ni analizar cuál debería ser el rol de Estados Unidos en esta etapa de transición del orden internacional caracterizado por un desplazamiento no abrupto, pero continuo del poder económico hacia el Asia-Pacífico. Romney directamente se negó a considerar esta situación como un cambio estructural y entendió que un fortalecimiento del excepcionalismo americano sería suficiente para recuperar el liderazgo. De hecho, el capítulo sobre política exterior en la plataforma republicana se encuadró bajo el título de *American Exceptionalism*. Obama tampoco niega este valor, lo destaca en sus discursos⁷, pero después de cuatro años en la presidencia sabe claramente que el mundo cambió y que Estados Unidos tiene situaciones políticas, sociales y económicas domésticas que lo alejan de su época de esplendor y, en ese marco, después de una búsqueda infructuosa de consensos con los republicanos para generar política públicas que atiendan estos problemas, ha comenzado a discutir varias de esas verdades prestablecidas que consideran que todo lo distinto es amenazante y a marcar algunas diferencias⁸. Sin embargo, los esfuerzos para explicar esas nuevas realidades necesitan de análisis más complejos y de promesas de solución más costosas y, consecuentemente, podrían alejar a Obama de las expectativas de un porcentaje importante de los ciudadanos que le dieron su voto pero continúan esperando respuestas simples.

⁷ De la misma manera que lo hicieron Kennedy y Reagan en varias ocasiones Obama citó la histórica imagen del reverendo Winthrop cuando afirmaba: “Debemos considerar que seremos como una ciudad en una colina –todos los ojos estarán puestos sobre nosotros–”.

⁸ En el caso de América Latina un ejemplo fue su referencia a Chávez, cuando afirmó que no comparte varias de sus políticas, pero que no lo considera una amenaza a la seguridad de Estados Unidos, diferenciándose de las declaraciones de su contrincante.

En este marco se destacan dos consideraciones importantes sobre las cuales hay que prestar atención para observar su evolución y analizar si las políticas públicas estadounidenses en general y la política exterior en particular se ajustan a la nueva realidad. Una de ellas se vincula a los cambios en la distribución de poder internacional a los que hicimos mención y que involucran una disminución del poder relativo de Estados Unidos frente a otros actores estatales y no estatales. Para afrontarlos exitosamente Estados Unidos deberá desarrollar no sólo resistencia, sino también adaptabilidad. Hasta el presente el excepcionalismo puede haber sido funcional a la resistencia, pero contrario a la adaptabilidad. Más allá de conservar aún su condición de Estado más poderoso del globo, al igual que cualquier otro país ante situaciones de crisis se verá obligado a ajustar alguno de los componentes de su identidad en tanto ésta es un proceso sociopolítico que se adecua a diferentes escenarios históricos. Estados Unidos y el mundo necesitan una transición tranquila y moderada en la reconfiguración del poder mundial y para ello Washington precisa recuperar porciones del apoyo de otros países que ha perdido⁹, pero para lograrlo resulta imperioso que tenga una postura más abierta hacia las realidades de otras naciones diferentes. Ante este escenario y en función de los discursos de campaña, el triunfo de Obama genera expectativas más promisorias que si hubiese ganado Romney, ya que el primero parece más inclinado a intentar comprender otras realidades.

La segunda consideración se refiere a la renovación de la confianza por parte de la sociedad estadounidense para que Obama acceda a un segundo mandato. Esto significa, en cierta forma, haber optado por un líder político para que conduzca parte de este proceso de cambio en detrimento de la idea de gerente/administrador que pretendió instaurar el candidato republicano.

⁹ En el caso sudamericano la creciente vinculación con China frente a una relación cada día más acotada con Washington constituye un ejemplo de esta tendencia.

De ser efectivamente así estaríamos asistiendo al inicio de un proceso de cambio en la manera en que la sociedad estadounidense entiende el rol de Estados Unidos en el mundo y, además, asistiríamos también a la búsqueda de otras formas de articulación en la relación entre Estado y sociedad dentro de ese país. Sin embargo debemos ser cuidadosos en torno a esta expectativa ya que mucha agua tendrá que pasar bajo el puente para erosionar, aunque sea parcialmente, las columnas del excepcionalismo.

Sudamérica prefería a Obama

Después de cuatro años de gestión y un creciente desencanto sobre la política de la administración demócrata, especialmente si se la mide en función de las expectativas que había generado el triunfo del primer presidente afro-americano en 2008, varios gobiernos de América del Sur y también sectores significativos de la población latinoamericana preferían el triunfo de Obama. La pregunta es por qué.

Desde nuestra perspectiva consideramos que los apartados que desarrollamos más arriba incluyen parte de la respuesta. Dicho en otras palabras: la creciente derechización de la propuesta conservadora republicana, su exaltación del mercado y la potenciación del discurso sobre la excepcionalidad americana, generaron en nuestra subregión la percepción de que esa opción era una vuelta al pasado, una formula que incluía más de lo mismo. Contrariamente Obama, a través de las propuestas que realizó para abordar los complejos temas de la agenda doméstica, pareció acercarse más a las recetas que varios gobiernos sudamericanos proponen para atender problemas similares, aunque localizados en países en desarrollo.

En este marco, la revalorización del excepcionalismo y la vuelta a las posturas pro-mercado sostenidas por los republicanos incrementaron las diferencias entre una parte de los gobiernos sudamericanos y las autoridades en Washington sobre dos temas vigentes en la agenda regional: el debate sobre la calidad de las democracias y los modelos de desarrollo, con las respectivas proyecciones sobre las políticas exteriores. Por cuestiones de perfil ideológico el triunfo de Obama acota dichas diferencias, aunque aún no estamos en condiciones de asegurar que las superará, ya que esto depende de la determinación política del presidente electo y de su capacidad de liderazgo frente a un escenario doméstico complejo.

En la última década y como consecuencia de los efectos de la crisis generada por el neoliberalismo político y económico, varios de los gobiernos electos comenzaron a destacar los componentes de representación popular dentro de una democracia como un instrumento central en la construcción y/o recuperación de un modelo de desarrollo que incorpore parte de la tradición keynesiana. Así aparecen denominaciones como neo-keynesianismo, neo-desarrollismo, pos-neoliberalismo que intentan representar algunos aspectos de esta situación.

Si bien esta tendencia es predominante, no homogeniza la realidad sudamericana, ya que hay estados que no optaron por la misma y, además, tampoco garantiza consensos domésticos en tanto hay debates entre los sectores sociales que apoyan este cambio y los que se oponen. Pero lo significativo en este análisis es subrayar la vinculación que esta situación particular en la región tuvo con el proceso electoral en Estados Unidos, debido a que el componente de excepcionalismo hizo que los candidatos no quisieran (Romney) o no pudieran por presiones políticas (Obama) entender otras alternativas democráticas sin calificar a las mismas como democracias amenazadas, autocracias capitalistas o autoritarismos democráticos. Obviamente, en forma conjunta a la dis-

cusión sobre la calidad de las democracias se produce el debate sobre el modelo de desarrollo y la redistribución del ingreso, que también genera diferencias con buena parte de *establishment* político y económico de Estados Unidos como consecuencia del rol desempeñado por el Estado en la economía.

En términos de Chantal Mouffe (2012) en un mundo multipolar, la democracia no puede ser un modelo único, exportado desde Europa y Estados Unidos al resto del mundo. “Hay que aceptar que va a haber distintas formas de democracia, que corresponden a su adscripción en distintos contextos históricos”. Consecuentemente, reivindica las experiencias democráticas latinoamericanas, en las que observa no un rechazo al modelo liberal-democrático occidental, sino una rearticulación de esas tradiciones pero “con predominio de la soberanía popular”.

Su explicación subraya que “en la medida en que hoy las ciencias sociales aceptan que no hay una modernidad sino muchas trayectorias diferentes hacia lo que se puede llamar modernidad, en la medida en que [también] se acepta la existencia de diferentes modernidades alternativas, también hay que aceptar formas múltiples de democracia. El modelo que es específico de Europa incluye una cierta articulación del liberalismo y la democracia; es una articulación entre dos tradiciones distintas, muy influenciada por la tradición judeocristiana y por la reforma protestante. [Pero] Es una articulación contingente, no necesaria. No es legítimo pretender que ese modelo occidental sea aceptado por el resto del mundo. En el caso de América Latina, uno no puede decir que la región no es parte de Occidente, pero eso tampoco quiere decir que Latinoamérica deba aceptar el modelo europeo o estadounidense”. En este marco argumenta que hay que “pluralizar la idea de Occidente, aceptar variaciones en su interior y hablar de Occidentales. En las experiencias de las nuevas democracias de Sudamérica no hay un rechazo a la tradición liberal, pero sí hay una articulación distinta entre las tradiciones liberal y democrática.”

En Estados Unidos y en Europa, el elemento liberal de las democracias se ha vuelto absolutamente dominante, mientras el elemento democrático, el de la igualdad y la soberanía popular, ha sido subordinado y, en algunos casos, eliminado. La idea en Estados Unidos y Europa sobre qué es la democracia involucra el Estado de derecho, respeto de los derechos del hombre, separación de poderes, pero no se hace referencia a la soberanía popular y la igualdad (Mouffe, 2012). Contra los teóricos que consideran que el principio democrático y el liberal van necesariamente juntos, Mouffe defiende la tesis de que hay una lucha entre esas dos tendencias. En la historia europea, hubo momentos en que predominó el elemento democrático y en otros dominó el elemento liberal, como ocurre hoy. Ese predominio del componente liberal es lo que están poniendo en cuestión los gobiernos latinoamericanos, que han puesto al elemento democrático como elemento principal. El componente liberal no ha sido eliminado, pero está subordinado. Por eso es que en Europa –y Estados Unidos– no se entienden las experiencias latinoamericanas y hay hostilidad hacia ellas, no sólo desde la derecha, también desde la izquierda que no acepta esta nueva rearticulación con predominio de la soberanía popular. (Mouffe, 2012)

Las diferencias en la manera de entender la democracia y los modelos de desarrollo alternativos –lo que no significa referirnos a modelos anticapitalistas ni anti-democráticos, sino simplemente a fórmulas económicas con una mayor participación del Estado en la economía nacional que, dicho sea de paso, también son parte del debate en Estados Unidos¹⁰, y que conllevan políticas exteriores más autónomas– enmarcan la conformación de la agenda entre varios de los gobiernos sudamericanos y el de los Estados Unidos. Así, las expropiaciones de empresas extranjeras aceptadas por varias constituciones en la región; las políticas de defensa de las industrias nacionales; las normas de protección comercial;

¹⁰ Las posturas de los economistas Paul Krugman y Johep Stiglitz son una muestra clara de esto.

las decisiones para controlar los flujos financieros especulativos devenidos de las políticas de expansión monetaria de la Reserva Federal; las acciones políticas conjuntas a nivel del multilateralismo regional y subregional demandando la presencia de todos, incluido Cuba; la posturas regionales favorables a una negociación entre Israel y Palestina y las ideas de no generar nuevos escenarios de guerra –contra Irán por ejemplo– fueron generalmente rechazadas por los candidatos estadounidenses, aunque con mucho mayor énfasis por Romney que por Obama. Esto se debe a que el primero, como ya dijimos, destaca el rol del mercado y las virtudes individuales como centrales para el desarrollo y valora el uso de los recursos de poder duros como instrumentos de la política exterior, mientras que Obama entiende que ante situaciones especiales como la crisis actual, el Estado debe tener participación para garantizar el bienestar general y equilibrar los costos del ajuste entre los que más y menos tienen; acepta la idea de regular el sistema financiero; defiende una estructura impositiva más justa; tiene mayor predisposición para entender otras realidades socio-culturales y valora los esfuerzos diplomáticos como recursos que tiendan a evitar nuevas confrontaciones armadas.

En el caso de la República Argentina los vínculos bilaterales con Washington han perdido densidad de agenda en los últimos años, especialmente en comparación con el tipo de relación que se había mantenido en los años '90. Si circunscribimos el análisis a la etapa de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner podríamos afirmar que hasta 2005 las cuestiones ligadas a la renegociación de la deuda generaron contactos permanentes entre ambos países aunque acotados siempre a la misma temática. A partir de 2005, específicamente desde los desacuerdos entre Kirchner y Bush por el ALCA en la Cumbre de Mar del Plata, la relación se enfrió sin romperse definitivamente. La llegada de Cristina al poder trajo consigo la expectativa de una gestión externa más activa que incluyera una política hacia Washington con contenidos post-de-

fault; sin embargo el excesivo peso de los condicionantes domésticos en ambos países contribuyó a crear un patrón de vinculación bilateral caracterizado por un vaivén permanente entre situaciones de crisis e intentos de recomposición. Esta característica, que se prologó también durante la gestión del presidente Obama y llega hasta el presente, le quita sustancia y permanencia a la relación.

Nuestro país ocupa un lugar de baja relevancia estratégica para los intereses de Washington y, al igual que en el caso de otros países sudamericanos, la dimensión económica del vínculo es, por el momento, la más compleja. Las disputas comerciales en la OMC; una balanza comercial negativa para Argentina; el no pago por parte de Argentina de los juicios del CIADI; las diferencias con el Juez Griesa en referencia a los reclamos de los fondos buitres que no participaron de ninguno de los dos procesos de canje de deuda; la diversidad de criterios con algunos inversionistas estadounidenses son, entre otros, ejemplos de dichas dificultades. Por lo tanto todas aquellos temas de política exterior ligadas con decisiones que hacen al modelo de desarrollo impulsado por el gobierno argentino pueden encontrar escenarios problemáticos.

Sin embargo es necesario recordar que las posturas sobre estos temas al interior de los Estados Unidos no son homogéneas. Existen diferencias no sólo entre el Ejecutivo, el Congreso y el Poder Judicial, sino al interior de cada uno de esos poderes. De ahí la importancia de que el gobierno argentino conozca y maneje esos procesos internos para encontrar a los sectores que tienen intereses más afines con los de nuestro país. En este marco, sin que signifique una situación idílica, el triunfo de Obama es más funcional a la Argentina que si hubiese ganado su contendiente republicano.

En referencia a la dimensión político-diplomática las disparidades se incrementaron cuando se produjo el triunfo de los republicanos en las elecciones parlamentarias de mitad de mandato en tanto la presidencia de distintas comisiones del Congreso que abordan temas de interés para la Argentina quedaron en manos

de los sectores más conservadores. En este marco las opiniones que subrayan los vínculos fluidos de nuestro país con Venezuela, Bolivia y Ecuador y que mencionan un proceso de identificación entre las políticas de Cristina y Chávez se incrementaron. Más allá de que estas afirmaciones en numerosas ocasiones no tienen un sustento sólido, ponen de manifiesto algunas coincidencias entre los republicanos y parte de la oposición local en lo que refiere a las críticas hacia el gobierno argentino. De cualquier manera aquí vuelve a ser válida la observación que realizamos en el párrafo anterior, la postura dura hacia la Argentina no es homogénea en todo el gobierno estadounidense. En este contexto las posturas más flexibles pueden encontrarse en parte del Ejecutivo bajo la conducción de Barack Obama. Finalmente, desde una perspectiva general, las cuestiones ligadas a la dimensión estratégico-militar como por ejemplo la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico no han manifestado problemas de envergadura, pero la dinámica de vinculación en este rubro se vio alterada por los acontecimientos en torno al avión retenido y la incautación de parte de su cargamento. Si bien el tema fue posteriormente resuelto en términos aduaneros, la Embajada de Estados Unidos emitió un comunicado diciendo que los desacuerdos estaban superados y Obama y Cristina tuvieron encuentros posteriores dando por cerrado el tema; también es cierto que en los círculos cívico-militares ligados a la defensa la herida no cerró.

El triunfo de Obama mantiene la puerta abierta para una estrategia destinada a que el patrón “crisis, intento de recomposición, crisis, intento de recomposición...” se establezca y, de esa manera, se puedan tratar con resultados positivos temas de interés para la Argentina. Entre ellos se destaca los trámites judiciales vinculados a los bonistas que no ingresaron en el canje de deuda y la búsqueda de inversiones privadas estadounidenses por parte de la empresa YPF.

A modo de cierre

A pesar del turbulento momento por el que transita el mundo desarrollado en nuestros días no adherimos a la idea de la declinación abrupta del poder estadounidense; su crisis hegemónica es relativa. De hecho sus cifras económicas son más alentadoras que las europeas y su tradición de líder capitalista a nivel global le ha permitido enfrentar crisis anteriores de manera exitosa. Sin embargo, el poder de Estados Unidos hoy no es el mismo de ayer y este cambio no muestra sólo una disminución de sus capacidades frente a otros gobiernos, sino también un cambio en su situación doméstica donde los indicadores claramente muestran la aparición de situaciones socio-económicas complejas.

En ese marco la parálisis que genera la idea de un país “excepcional” que nada tiene para cambiar y que todos deberían copiar, afecta sus capacidades para afrontar un proceso de cambio global en el que todos los actores internacionales, gubernamentales y no gubernamentales, se reubican, incluido Estados Unidos. Esta reubicación de los Estados Unidos en el mundo puede darse en el marco de una transición más calma o más turbulenta, pero eso depende más de Washington que del resto del planeta.

En este contexto, si este país acepta flexibilizar los condicionantes internos e internacionales que genera en la actualidad la idea de excepcionalismo, podrá presentar con mayor claridad a su sociedad los problemas a resolver y los sacrificios a asumir. Además, si esto ocurre, se tomará conciencia plena de lo que acontece dentro y fuera del país, y se visualizará la urgencia de encontrar un camino que encauce la lucha frontal entre los dos modelos nacionales política y culturalmente en tensión, que ha conducido a demócratas y republicanos a una confrontación que limitó al gobierno federal en sus capacidades de gestión, pero que también afectó las condiciones de primacía de Washington.

Esta confrontación entre dos modelos de país es, en cierta forma, una lucha similar a la que se da al interior de los países sud-

americanos, con la diferencia que la disputa estadounidense tiene impacto mundial e incluyó un partido republicano tan corrido a la derecha que generó el temor ante un mundo que necesita más política, más Estado, más solidaridad y un mercado más regulado, todo lo contrario a lo que ellos proponían. Por ello, más allá de que Sudamérica haya observado con menos atención esta elección, la misma mantuvo en términos internacionales la condición de “punto de inflexión” que se le otorgó a la de 2008 y la expectativa sobre un nuevo triunfo de Obama se mantuvo por percibirlo como un presidente más predispuesto a entender las realidades regionales e, inclusive, más cercano a Latinoamérica en cuanto a las propuestas y prácticas políticas para enfrentar la crisis económica mundial.

En caso que efectivamente nos encontremos con menos excepcionalismo y menos parálisis política por un acotamiento del enfrentamiento entre ambos modelos, las consecuencias internacionalmente serán positivas por varios motivos. En primer lugar Washington podrá comprender los procesos políticos, económicos y sociales de otras naciones, incluidas las latinoamericanas con quien comparte la geografía continental, y entender que no todos pueden organizarse a imagen y semejanza de Estados Unidos en tanto nuestras realidades e historias son diferentes. Esto conlleva concepciones de democracia y modelos de desarrollo que, sin demarcarse de las tradiciones occidentales, necesitan fortalecer los mecanismos de soberanía popular y los instrumentos económicos para mejorar la distribución de la riqueza y continuar con la disminución de los índices de pobreza. En segundo lugar, la misma lógica se necesita para abordar los graves problemas de violencia fruto del crimen transnacional que afecta la región de Norte a Sur cuyo abordaje necesita sí o sí de la colaboración de Estados Unidos y de cambios internos en su país, como por ejemplo un límite a la venta de armas que luego fluyen hacia el Sur. En tercer lugar, una visión menos militarizada y más diplomática de la acción ex-

terna de Washington aportaría a la pacificación de un mundo con conflictos crecientes en varios lugares.

Barak Obama ha sido relecto. Sus ideas políticas, económicas y sociales parecen más acorde con lo que el mundo y la región necesitan. Si en este segundo mandato sigue las líneas generales a las que hacíamos referencias más arriba y las convierte en políticas concretas, existirá un mayor acercamiento con el mundo en su conjunto y un mejor entendimiento con Latinoamérica. De lo contrario, la distancia política de Washington y Sudamérica podría profundizarse, incluida obviamente la relación con Argentina.

Finalmente, una referencia a la acción externa del gobierno argentino hacia Washington. En caso que la gestión de Cristina Kirchner decida aprovechar la pequeña ventana entreabierta por el triunfo de Obama para solucionar problemas como el juicio con los bonistas o la búsqueda de nuevas inversiones, debería manejar equilibradamente los reclamos. Dicho en otras palabras, en general las demandas del gobierno argentino son justas y estratégicamente importantes para el país. En ese marco se inscriben la postura de nuestro país frente a los llamados fondos buitres, los reclamos para el ingreso de productos argentinos al mercado estadounidense, la búsqueda de inversiones. Sin embargo una política exitosa también implica sentido de la oportunidad. Difícilmente podamos triunfar simultáneamente en todos los frentes y ello conlleva la necesidad de jerarquizar los temas en función de nuestros intereses y abordarlos técnica y políticamente de manera acabada.

Bibliografía citada

Busso, Anabella, (2008) “Identidad y fuerzas profundas en Estados Unidos. Excepcionalismo, tradición liberal – tradición conservadora, aislacionismo – internacionalismo, política y religión: su impacto en la política exterior”, en Busso Anabella (compiladora), *Fuerzas Profundas e identidad. Reflexiones sobre su impacto en la política exterior. Un recorrido de casos*, Tomo I, E- Book, UNR Editora, Rosario, Argentina, págs.19 a 80.

Flamm, Michael, (2010), conferencia dictada en el marco del IX Congreso Nacional y II Congreso Internacional sobre Democracia, Rosario, 18 a 21 de octubre

Garton Ash, Timothy, “Hay una guerra cultural que debe ser superada”, *Diario Clarín*, Buenos Aires, 22 de octubre de 2008, Sección Opinión, p 27.

Mouffe, Chantal “Hay que latinoamericanizar Europa”, entrevista realizada por Javier Lorca, *Diario Página 12*, Buenos Aires, 21 de octubre de 2012. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/el-pais/1-206036-2012-10-21.html>

Ness, Inmanuel, (2010/2011) “El *tea-party*, el capitalismo y la izquierda”, Trad. Darío Burstyn, *Revista Crisis*, Bs. As., diciembre- enero.

Shame, Scott, “The opiate of Exceptionalism”, *The New York Times Sunday Review*; 21 de octubre de 2012. Disponible en: http://www.nytimes.com/2012/10/21/sunday-review/candidates-and-the-truth-about-america.html?pagewanted=all&_r=0

Shifter, Michael, (2011) La Anemia de Estados Unidos, en Confidencial on Line. Disponible en <http://www.confidencial.com.ni/articulo/4560/la-anemia-de-estados-unidos>, consultado el 8 de agosto DE 2011.

Stears, Marc (2007), “The Liberal Tradition Revisited”, Department of Politics and International Relations, University of Oxford, United Kingdom, ponencia presentada en el UW-Madison Political Theory Colloquium, January 24, disponible en <http://www.polisci.wisc.edu/users/polphil/liberaltraditionstears.pdf>

Trilling, Lionel (1950) *The Liberal Imagination*, Viking Press, New York.